

# ***Narrativa Monteña*** **Orgaz, postal en sepia**

RAFAEL DEL CERRO MALAGÓN

He llegado hasta Orgaz, noble y leal villa que controla la estepa rocosa entre Sonseca y la barrera montañosa que oculta a Los Yébenes en la solana que mira hacia La Guadalerzas, donde la espesura y las dehesas se alargan hasta los confines de las sierras del Reventón o Valdehierro. La historia de Orgaz tiene rasgos de ciudad fronteriza, parecida a los pueblos del oeste norteamericano consagrados por la iconografía cinematográfica. En ella había juez, cárcel, cuadrilleros para perseguir salteadores de caminos, algunos "salones" y un fuerte almenado que presidía la llanura en los tiempos del medievo reconquistador.

Como en la mayoría de los pueblos, siempre hay un gran pasado que se narra en tono engolado, con un orgullo natural que conjuga los fastos nacionales con el marco local. La tradición más contada por los historiadores orgaceños, se nutre de referencias antiguas, especialmente medievales, en donde desfilan reyes, nobles y la inevitable cita de don Gonzalo Ruiz de Toledo, señor de la villa, cuyo enterramiento milagroso pintó el Greco, además de la obra artística de Sánchez Cotán, el pintor cartujo que consagró al cardo como símbolo de sus espirituales bodegones. Después, según señala la vieja historiografía, cuya postura no comparto, vienen siglos de silencio para Orgaz, pues la villa apenas aparece citada en los grandes espectáculos de la historia española. Tan sólo recuentan la gran obra de la enhiesta iglesia de Santo Tomás, levantada en el siglo XVIII, algunos hechos de armas contra las tropas napoleónicas en 1809 y los sucesos carlistas en el camino de Arisgotas que sirven para echar el telón de la historia. Un relato que siempre, en todos los lugares, se suele enhebrar con un corto ramillete de personajes,

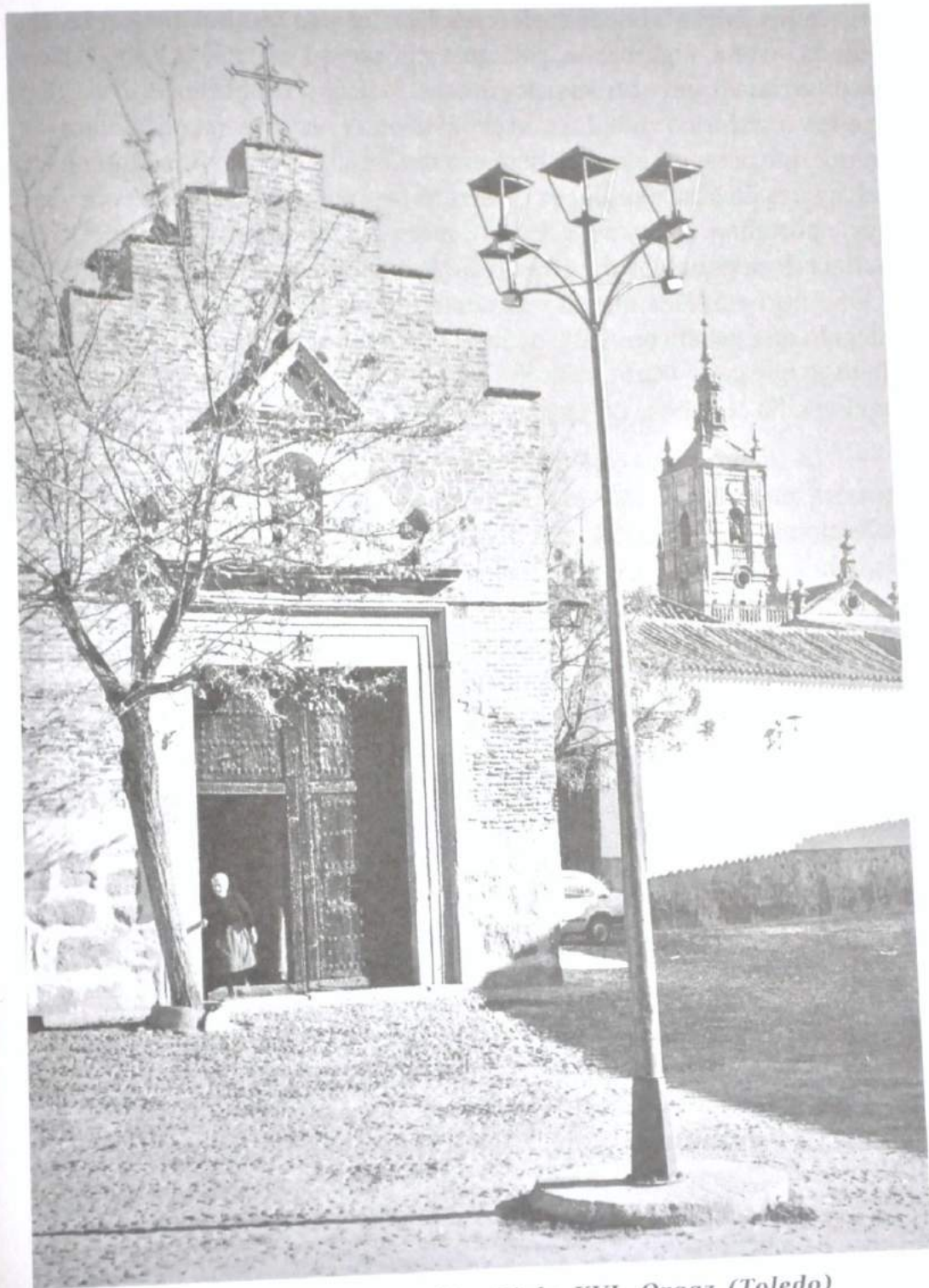
guerras y sangre como si entremedias no hubiera vida en las calles, negando la evidencia del trabajo anónimo que cada día se teje cualquier pueblo.

Cuentan los libros que hace ciento cincuenta años, Orgaz, consagrada ya como cabeza de partido, contaba con 406 casas, dos plazas y veintisiete calles, todas empedradas de guijarro. Los informes sanitarios de la época lamentaban el mal clima de la zona que provocaba fiebres tifoideas y tercianas en la comarca, señalándose, en cambio, que en la villa había un lugar cuidado, sano y bueno: su cárcel, tenido por amplia y segura que venía a contener a medio centenar de reclusos. En cuanto a la instrucción había dos escuelas: una con 20 niñas y otra con 30 niños, que al terminar el siglo superaban los doscientos escolares además de existir un tercer colegio particular. Por los años de la corte isabelina, en Orgaz se contaba 62 pares de bueyes, dos fábricas de paños burdos, 11 de aguardiente, 3 molinos de aceite y 2 harineros que volteaban sus aspas quijotescas al viento monteño. El comercio local lo componían dos tiendas y el correo llegaba por diligencia desde Toledo tres veces por semana.

Pero al margen de aquellas diligencias o galeras que cubrían las seis leguas entre Orgaz y Toledo, que recalaban en la cervantina posada de la Sangre, junto a la plaza de Zocodover, existió el intento, en 1865, de proveer de ferrocarril a Orgaz, petición hecha por Manuel Francisco y Manuel de la Torre. El proyecto pretendía trazar una línea férrea desde Toledo hasta más allá de Los Yébenes, en dirección a Extremadura, siendo el prólogo de otras peticiones similares que intentaban conseguir una explotación ferroviaria por esta comarca monteña, repleta de antiguas calzadas y cañadas reales.

Gracias al periodismo y a otras fuentes modernas se puede tejer la pequeña historia de muchas cosas que nos rodean, que también tienen su vida. Precisamente, sería interesante recuperar la propia prensa local orgaceña, como aquel remoto periódico editado en 1909 llamado *El látigo*, que abre un gran paréntesis, casi vacío de publicaciones, hasta la edición de *Argamasa* en 1980. En las páginas de *El Tajo*, editado en Toledo en 1865, se deja constancia del buen hacer agrícola de los





*Ermita de la Concepción. Siglo XVI. Orgaz (Toledo)*

orgaceños, cuyas labores hacían rendir a los campos buenos cargas de cebada, avena, algarrobas, garbanzos y, por su puesto, la vieja triada mediterránea que se ofrecía a los dioses clásicos: el noble trigo, el mágico aceite y el eufórico vino. En una exposición agrícola se encomiendan los caldos que presentaba un bodeguero de Orgaz, don Máximo Jiménez, y los aceites de Mariano López Guerrero propietario de algunos olivares que aportaban su verde grisáceo sobre las onduladas lomas. Otras noticias locales hablan del arreglo de la carretera de Ciudad Real en 1868 y los 1.300 empleos que dio a la comarca, o de la librería de Vicente Elegido que existía en 1885, de las elecciones a diputados provinciales de 1899 que ganó Díaz Cordovés, o de Félix García del comerciante que aquí vendía la prensa en 1931.

La fotografía es otra de las fuentes a considerar para reconstruir nuestra memoria. Estoy casi seguro que rebuscando en las grandes colecciones de imágenes que realizaron los primeros fotógrafos en España a mediados del XIX, habrá retratos del viejo Orgaz, así como infinidad de recuerdos que reposan en colecciones particulares, en álbumes amarillentos o en las paredes de muchas casas que permitirían recuperar la memoria gráfica de un pueblo, como ya ha hecho Burguillos, otra localidad del ámbito monteño. Allí está el espejo del tiempo, los noviazgos, los quintos, las bodas o el rostro familiar que, por ejemplo, retrataban en 1931 las cámaras de los fotógrafos orgaceños Basilio Perca y Alfonso Ruiz.

Al pasear por el viejo Orgaz todavía se palpa una dimensión humanizada por su larga calle Real, anchurosa en el arco de Belén y comercial en la Plaza Mayor. Atravesad el arco de San José y recorred la silenciosa plazuela de la Concepción, donde el ladrillo, los guijarros y una quebrada acacia componen una postal viva detenida en el tiempo. Los nombres de algunas calles rescatan los antiguos gremios de la villa: Jabonería, Caldereros, Herreros, mientras los escudos nobiliarios y la invocaciones piadosas presiden los dinteles de granito, ahítos de ver cruzar bajo ellos tanta historia anónima pero siempre viva para sus verdaderos protagonistas.

